VI. Estar en una empresa grande te espabila

Manolo: Al principio me encontré sin oficio. Por eso estuve en la construcción. Pero como no entendía tenía que hacer de peón. Se trabajaba bastante y se ganaba poco dinero. Y había maneras muy raras de llevar las cosas por parte de los encargados de estas empresas. Alguna vez discutía con alguno por causa de que le pegaban una bronca injustamente a un compañero, lo ponían verde sin respeto al ser humano en ningún sentido. Algunas veces me han despedido por causa de esto.

También estuve trabajando aquí en la carretera de la Bordeta en una pequeña empresa de destilería de anises y coñac. Allí estuve un año. Al principio se portaban bien conmigo, pero luego yo me di cuenta por lo que era: porque me tenían sin asegurar y sin médicos ni nada. Cuando fui a meterme al respecto, me dictaron la carta de despido. Lo malo que la firmé porque tenía poca experiencia. Si hubiese tenido experiencia, hubiese ido al sindicato que, aunque era el sindicato vertical, es posible que me hubiesen indemnizado. Estuve allí pero me dijeron que si había firmado, pues que ya no había remedio.

Después entré en la Seat. Allí me pasaron a una línea de mecánica de cigüeñales. Era un trabajo individual, pero como en cadena, porque teníamos que alimentarnos el uno al otro. Y en aquellas circunstancias, era por el 66, los encargados y maestros se aprovechaban mucho del trabajador. Los seis meses primeros que estabas de prueba te mandaban dos o tres trabajos más de los normales; y si no te comportabas, aunque tuvieras que reventar, pues te llegaban los seis meses y te cogían y te tenías que marchar. Te despedían.

Estar en una empresa grande te espabila. Al principio, cuando trabajaba en empresas pequeñas, no sentía tanto los problemas laborales. No estaba al corriente de lo que era una lucha obrera. Pero en los grandes enfrentamientos que ha habido en Seat, ha sido ya muy diferente. Antes del 71, no podías ni mirar el reloj, había que fichar con el mono, no podías ni comer una manzana antes de hora, ni reunirte más de tres, según el reglamento. Incluso podías sentarte y si lo hacías y pasaba un encargado, te tenías que levantar como en el ejército. Aquella lucha fue muy dura, con un muerto y todo. Echaron a algunos trabajadores y nosotros mismos nos preguntábamos quién iba a continuar. Pero se ha visto que a unos luchadores les siguen otros. Yo mismo, cuando hubo los despidos del 73, vi cómo la gente no se atrevía a ir de testigo, y fuimos otros dos y yo del taller y dimos la cara.

He visto, pues, que los trabajadores se defienden mejor en una empresa grande, porque son muchos juntos y se protegen y ayudan. Pero también existen

dificultades, porque en esas empresas se da un control más grande, y el trabajo se vuelve más pesado.

No es como el control del pueblo con el trabajo del aceite, que aquello era a lo bestia, sin técnica ni nada. Aquí, todo lo contario: llevo siete años en Seat y los siete en pintura, haciendo una línea, siempre la misma línea, hasta que los cuerpos se llegan a deformar, porque la cadena te hace como la pieza de la máquina. ¿Qué mayor control pueden tener sobre uno?. Pero, a pesar de todo, esto no nos quita la sensación de que, en cuanto nos unimos, somos fuertes.

Agustín: No me costó mucho encontrar algo de faena, me puse en un laboratorio de productos químicos. Allí, a pesar de mi falta de experiencia, porque era la primera vez que ganaba un jornal (en el pueblo como trabajaba en mi casa, nunca había ganado nada), enseguida empecé a exigir cosas que yo veía justas. Y, como no podían complacerme en lo que yo quería, pedí la cuenta y me salí sin más: duré seis o siete meses.

A continuación trabajé en una fábrica de artes gráficas. Más que fábrica, era un pequeño taller, donde trabajábamos cuatro o cinco, no estaba afiliado a la Seguridad Social, ni tenía nada de nada, nada más que ibas a trabajar allí y te pagaban un jornal. Entré en el taller y a los pocos días empecé a ir al Sindicato y movimos las cosas y a partir de entonces conseguimos nuestros derechos. Aunque no para mí, porque yo era el promotor y en aquellos tiempos, en un sitio pequeño, te hacían la vida imposible y te tenías que marchar. Pero al menos conseguí que a los demás les afiliaran a la Seguridad Social. Por otra parte, aquello no me colmaba todas las aspiraciones. Así que duró sólo tres meses.

Luego estuve trabajando también en otros sitios, o sea recorrí todos los ramos. Entonces era fácil encontrar trabajo. Si estaba en un sitio que veía que no me llenaba, pues pedía la cuenta y me iba a otro. Yo no sé si fue el espíritu aventurero de conocer cosas o qué, pero anduve en unos cuantos sitios por aquella época.

Luego ya nos casamos y había que tomarse la vida con un poco más de cabeza y entré a trabajar en un fábrica. Recuerdo que entramos cuatro o cinco juntos en el mismo día y también de la manera cómo se trataba al personal y de la forma que se llevaba el trabajo, que era en un plan caciquil. Faltaban muchas cosas: sobre todo, los valores humanos allí estaban completamente deshechos y yo había cosas que no las podía aceptar. Un día tuve una discusión con un encargado y subió a las oficinas a contar lo que le había pasado conmigo. Bajó con un papel para que yo lo firmase, a fin de castigarme con tres días de fiesta. Yo no lo quise firmar y pedía también que me dejasen subir arriba a hablar con el jefe de personal y no me dejaron. Dijeron que no tenían nada que hablar conmigo y entonces yo no quise firmar el papel. En aquella empresa todavía duré tres años, hasta que ya eché la solicitud a Siemens, donde estoy trabajando ahora, y me fui.

En Siemens todo fue completamente distinto. Aquí había dos mil quinientos obreros y un campo mucho más amplio de actuación, a pesar de ser una de las empresas vanguardistas en el moviento obrero en Barcelona. Siemens en el Bajo Llobregat ha estado siempre a la cabeza del movimiento obrero desde hace muchos años. Hay un campo muy grande de acción, una dirección tam-

bién bastante flexible para trabajar en ese campo, y eso me ha permitido encontrarme a gusto y no he tenido grandes problemas.

Casi todas las huelgas de la Siemens han sido en solidaridad con otras empresas del Bajo Llobregat, porque la dirección de Siemens ha sido siempre mucho más liberal, ha consentido mucho más, y casi siempre se han solucionado los problemas por vía del diálogo.

Ahora las cosas han cambiado. En estos momentos yo pienso que el movimiento del Bajo Llobregat se ha deteriorado bastante. Toda la unión que allí había y la labor que se estaba haciendo por Comisiones Obreras en este sentido, aquello fue muy importante. A partir de la nueva situación de las centrales sindicales, ha habido un resquebrajamiento. Falta poner a prueba si aún sigue la unión aquella o si, por el contrario, la unión se ha roto y las centrales sindicales de ahora tienen cada una su forma de llevar las cosas.

Felipe: Me vine con doce mil pesetas que me dio mi padre. Nos habíamos juntado cuatro compañeros del pueblo y una chica y ¡hala! para Barcelona todos. Al comienzo estuve viviendo de patrona en un piso, cerca de Bach de Roda, hasta que me fui a la mili y con los otros que vinimos, que también eran de la construcción, nos empleamos en una casa de la calle Mallorca. Era a finales del año 65. Estuvimos tres meses en aquella empresa, porque luego nos salió una obra en Sant Sadurní y nos fuimos allí con los compañeros. Un año estuve allí viviendo para trabajar. Y a los 18 años ya era oficial. Yo veía a otros muchos que habían venido también de lejos y que estaban trabajando de peones o veía a otros albañiles que estaban trabajando a mi lado y que hacían mucha menos faena que yo, y esto a mí me ha dado siempre ánimos para trabajar más y para saber más. Esto lo comprobé con un encargado malísimo que tuvimos en Sant Sadurní, ¡a cuantos obreros no habrá echado este hombre a la calle!. Le llamaban el látigo, y él era tan inmigrante como los otros, y no tenía compasión ninguna: «Tú no vales, y mañana vas a buscar la cuenta».

De allí estuve en Els Monjos, cerca de Vilafranca del Penedès, viviendo y trabajando durante tres años a destajo. Allí me pilló la edad de la mili, pero antes de entrar en caja, el encargado de aquella obra me propuso irme yo a Vallirana y llevar el timón de unas torres que tenía que hacer él allí. En este lugar yo tomé conciencia de todo, porque, aunque no era el encargado, sí que tenía que responder delante del encargado y del jefe, de lo que hacían los obreros. Venían y me decían que tenía que achucharles más, pero no les daban maquinaria y el terreno tenía grandes terraplenes sin nada de asfaltado y todo había que hacerlo a hombro... Fue aquí cuando tomé conciencia de cómo actúa el capital.

Alejandro: En la empresa donde yo trabajo, desde que se formó el primer convenio, hace dos años, estamos trabajando nada más que con el jornal mínimo. No nos dan ni un céntimo más, sólo lo que está estipulado por la ley de jornal base, y fuera. Y encima, que me tenía unos atrasos y no me los pagaban. Un año estuve detrás para que me los pagaran demostrándolo con números; tuvo que pagármelos, claro, pero si no te das cuenta y no insistes, no te los paga. Ya te digo que tampoco no nos paga ni el tóxico. Y encima que estu-

vimos echando horas, resulta que cuando las paga, ninguna coincide con el libro del convenio. Mañana le llevo el libro y le pregunto de qué código han cogido el precio de las horas.

Allí llevo seis años, pero ahora es que ya quiere llevarme al degüello, porque hace un año que le dije: «Mire, de aquí para adelante, un minuto que pase de la hora prevista, este tío lo reclama, y, si no, aquí se queda con su trabajo y ya puede ser que esté ardiendo, aunque sea su mujer. Aunque usted esté ardiendo en llama viva, yo lo dejo a usted allí, y ya puede ser esto lo que sea, pero este tío no echa una hora más, porque usted no la paga». Y ahora se ha vuelto a repetir esto. Mañana le diré: «¿Se acuerda usted de lo que le dije hace un año? Pues estamos en las mismas. Así que de aquí para adelante ya no me fío, que ya puede estar una maquinaria cargada a la hora de *plegar*, y, aunque haya que vaciarla, porque si no se estropea, pues la máquina quedará cargada, porque este tío no se espera ni un minuto más»

Otra cosa que usan es el truco del cambio de nombre de la empresa para poder hacer el expediente de crisis. Despiden a los obreros, pero ellos siguen los mismos con otro nombre. Sin saber nada nosotros, desde que está fundada la empresa cada cuatro o cinco años la han cambiado de nombre. Si ahora lo intentara, ahora ya no sería como antes, porque no pasaría ni uno de la plantilla y no haría contrato cada seis meses.

Estamos ahora metidos con lo de las relaciones sindicales. También he tenido lío con eso. Primero con los compañeros: «Yo no, que no quiero problemas...», y luego con él:

— Tenemos pensado convocar las elecciones, —le digo yo

— Pero si por los treinta trabajadores de esta empresa, corresponden tres, y los tres ya los tenemos elegidos ¿para qué queremos las elecciones?. No hacen falta.

— No es verdad. Hay que hacerlas sobre una base de cuatro o cinco hombres, para que sobre ellos se puedan escoger los que quiera la gente y voten.

— No hace falta elecciones. Si ya están puestos.

— Pues sí, señor, hacen falta elecciones para que luego nadie pueda decir nada.

Y así que le llevé el nombre de los cinco candidatos, porque me los pidió.

— Tiene que traerme el número del carnet de Comisiones de cada uno, porque usted puede decir que son de Comisiones, pero yo no lo sé.

Se lo pregunté a cada uno, y al otro día se lo di.

— De acuerdo; pero las elecciones no pueden celebrarse antes del 19 de mayo, hasta que no venga el papel de la Delegación para autorizarlas.

Yo se lo pregunté a uno que entendía de esto y me dijo que no era verdad; así que le insistí:

— Antes del veinte las celebramos nosotros, porque mañana mismo nos las convocan por el cartel.

Y quedaron convocadas. Pero desde que estoy en esto, me llama, me trata bien y dice que está de acuerdo con todo lo que hago y lo que quiero. Detrás de algo va. Y efectivamente, el otro día me llama y me dice:

— Entre usted y yo podemos arreglar las cosas.

— Y esto ¿qué quiere decir?

— Pues, hombre, que no tenemos que andar con papeles ni nada. Se arregla buenamente entre usted y yo y aquí no ha pasado nada.

O sea, que quería negociar entre los dos, y a callar. ¡Cómo me puse!

— ¿Qué se ha creído usted?. No, señor; si usted habla por esto, conmigo esto no va. Sería yo lo más tirado del mundo si llegara a los oídos de mis compañeros y pudieran decir que yo me he vendido. Esto sería para mí lo más cruel del mundo. Si hago yo estas cosas, con ellas no llevo beneficio ninguno, sino que es por el bien de los compañeros.

Y ahora sí que sé que va a tirarme al degüello.

La verdad es que aquí no hay seguridad ninguna. Tengo que contar lo de los accidentes. Cuando ya estábamos instalados en Barcelona, en el piso, trabajaba yo en una obra cercana del Paseo de San Juan. Ibamos ya por la sexta planta y estaba yo en un patio interior, un patio de luces, cogiendo un carro, y en eso que a alguien se le escurrió una *paperina* de esas de cemento, me cayó encima y me sacudió aquí en el hombro. Me llevaron a una clínica que está en la Travesera de Gracia y allí me tuvieron tres días. Me hicieron el reconocimiento y me dijeron que no era más que el golpe. Pues bueno, en la misma obra, al cabo de un mes, estábamos ya rematando el terrado y yo echaba el planché. Yo tiraba de la paleta para atrás hasta el voladizo de un balcón. Pero yo ya me metí por atrás para ir extendiendo el mortero. Y al llegar aquí ¡pum! ¡a la calle!: siete pisos de altura. Y la suerte mía fue que había un camión de arena que estaba arrancando y ya había andado un poco. Mientras yo iba cayendo se ve que me di la vuelta y dio la casualidad que las piernas se me quedaron clavadas en la arena del camión y me amortiguaron el golpe. Había un hombre allí debajo apañando los teléfonos de la misma calle, y según yo bajaba pegó el hombre un grito diciendo: «¡Que se ha matado este tío! ¡Que se ha matado este tío!» Gritaba fuerte que más no podía. Y ya que cai abajo, me levanto de la arena del camión, y me quedo, así, y le miro y le digo: «Amigo, que no se ha matado ese tío, ¿eh?» Se echó las manos a la cabeza el hombre y dijo: «Vamos, si no lo veo no lo creo, eso no hay quien lo crea ¡siete pisos de altura!» Salí andando igual que si hubiera sido un gato. A los diez minutos o por ahí, tal vez por el golpe, empecé a vomitar, y me dijeron que me fuera al bar y me tomara una coca-cola, que tal vez se me pasaría. Fui y seguí trabajando igual...

María: La verdad es que, a pesar de estos accidentes, la mejor época en la vida que ha pasado fue ésta. Engordó y todo, hasta sesenta y ocho kilos llegó a pesar, y fue cuando estuvo más satisfecho de todo... que fue en la época en que se construyeron los locales de la Iglesia. ¡El humor que se necesita!: salir de un cura que le acababa de abrir la cabeza y llegar a Barcelona y ponerse a construir una iglesia de balde durante todo el verano; si es que no tenemos remedio... Pero, mejor es así ¿no?

Alejandro: Pero ya enseguida volví a estropearme. Me dió lo de los ojos. Desde que estoy en esta empresa mi oficio es el de colocador de la tela asfáltica, el aislante de los techos. La del techo de la parroquia, por ejemplo, la puse yo. Pues bien, aquello, aun trabajando resguardado con las gafas, te excita la piel de tal manera que al cabo de horas de estar allí y de días, se te quita toda la piel de la cara, porque tiene mucho azufre. A pesar de esto, que es muy penoso y peligroso, no nos pagan el plus de tóxico. Y si estás todos los días seguidos con la lamparilla de butano soldando, pues aun más. Pues a mí, aun trabajando, protegido y todo, se me pusieron unos ojos hinchados, de tal manera, que me volví ciego. Tuvieron que ingresarme y estuve entonces quince días. Y luego ya vino lo de la segunda operación de estómago, de cuando no quedé bien de la primera en el pueblo, cuando era joven.

Y después de eso, esto de ahora, que es lo peor: la columna; tres meses sin trabajar y que aun no sé cómo voy a salir de ésta. Y con todo y eso ¿qué me dijo el de la empresa?: que le interesa a usted pasar a larga enfermedad y así ya me lo quito yo de en medio. Eso, eso fue lo que me dijo, como suena. Y yo le digo: «Pero ¿usted no sabe que tengo un médico que me está cuidando y si me operan puedo quedar bien y volver otra vez a trabajar?» Pero él dijo: «A mí no me interesa esto, yo le doy de baja, y luego si usted se cura, yo ya no tengo que saber nada con usted». Eso me lo dijo a mí saliendo de la puerta de la escalera.

Pero no saben que si tengo la columna así, es también por ellos. Estábamos ya colocando la tela en el edificio ese nuevo de Sears en la Meridiana y estaba yo en el voladizo, e iba tirando yo hacia abajo de un paquete por medio de una cuerda. Y se enganchó la cuerda en un saliente que había en un piso de abajo, y al menearla para que se soltara, se soltó, pero con tanta fuerza por lo que pesaba el paquete que estuvo a punto de arrastrarme a mí y todo hacia abajo. Yo hice una fuerza tan grande para sujetarme que ¡zas! fue cuando me pegó el pinchazo en la espalda. Quedé también sin sentido y con la columna dolida. Lo que tengo ahora de la columna es de aquello.

Y no quiero yo ahora que me operen, porque se oyen decir muchas cosas. El médico ha hecho también todas las pruebas conmigo para alargarlo al máximo. Me esfuerzo y ahora ya llevo un tiempo que voy al trabajo, pero no puedo, no soy el de antes. Me afecta a las piernas y me coge un calambre y dolor que me quedo tieso.

María: Si en lugar de ir para adelante, vamos para atrás. ¡Pa'l charco vamos! y ¿qué hacer con tanto, tantísimo paro que hay aquí?

Alejandro: A otro que estaba con este mismo mal que yo, la empresa acaba de echarlo a la calle. El me dijo: «Pediré el alta, aunque no pueda trabajar, echaré tres meses trabajando como pueda, aunque sea a rastras, y cogeré la baja porque ya no puedo». La empresa decía que no era justa la enfermedad que tenía, y al demostrársela él por los papeles, le contestaron: «Pues tanto si ganas como si no ganas, tú te vas a la calle». Y no encuentra ahora trabajo en ninguna parte, absolutamente en ninguna parte.

Bueno, si a mí me pasa una cosa así, como a ése o como a los de Cerámicas Barcelonesas, no sé si me podría aguantar, porque soy vengativo. ¡Yo voy a por el tío!. Yo, a mi pesar, si me ocurriera una cosa así, ya no miro lo que me pueda pasar, porque ya me la he jugado, ya me he jugado el puesto de trabajo. Seré muy santo en lo que quieras, pero que no se metan con los intereses de mi familia. A mí estas cosas me han abierto los ojos y creo que ahora ya no me pasaría lo que me ha pasado. Si yo estuviera con la edad como están ellos y en la situación en que están ellos, ¡vamos hombre...! Uno también ha ido aprendido.

Sr. Caballo: A lo primero trabajé en la construcción, fue lo primero que cogí. Hay que tener en cuenta que cuando me vine llevaba sin trabajar en la construcción casi quince años.

Estuve luego en una empresa que fracasó por culpa del ingeniero. Había primero un ingeniero que le daba salida a todos los productos. Teníamos toda la faena que queríamos y hasta mandábamos productos y faena a Madrid. Se llevaban trailers enteros. Pero resulta que cambió el ingeniero y tuvimos tra-

bajo durante una temporada de lo que el anterior había dejado encargado. Así estuvimos medio tirando a trancas y barrancas durante casi un año. Pero pusieron a otro, un ingeniero capitalista de Cuenca, que se comía unos bocadillos como la cabeza de una vaca, pero que no valía para nada, hasta que la empresa decidió cerrar el taller. Nos vimos todos en la calle. Era el 30 de marzo del 67. A mí me dieron dieciséis mil pesetas de indemnización por los cuatro años y unos días que llevaba trabajando en ella. ¡Y a buscar trabajo otra vez!

Con la crisis del 67 me tiré diez meses, casi once, parado y con el desempleo, hasta que me coloqué con un prestamista. Me puso en varias obras que necesitaban personal, hasta que me metió en el Club de Natación Barcelona para llevar la ropa y sacar de ella los patines, pero aquello fue durante la temporada de verano, hasta septiembre u octubre.

Estuve luego con Fomento, en unas viviendas que estaban obrando aquí en Isabel la Católica, luego en el túnel del Metro de la Ronda San Antonio, también trabajé en unas obras con Cubiertas y Tejados, y en la construcción de la Residencia de Bellvitge con Dragados y Construcciones, hasta que allí me hablaron para irme al taller ese de metalurgia Nomic, para el almacén. Había muerto el almacenero y echaron mano de mí. «Aunque gano menos que con los albañiles, —me dije—, por lo menos estoy bajo techo». Pero tan poco era lo que ganaba que se lo dije un día al encargado: «Oye, Pepe ¿van a subirme a mí el sueldo?. Porque gano muy poco dinero». «Cállate -me dijo—, que se te subirá» ¡Ah, puñeta! ¿que yo me calle? ¡Aquí hay algo liado!. Pero todos callaban. Más adelante empecé a oir que si no van a pagar esta semana, que si tampoco la otra ni la paga del 18 de julio, hasta que un día el gerente va y nos dice que el tal Rodríguez Roselló se ha fugado con todo el capital, 196 millones de pesetas. Desde entonces, el 26 de octubre del 77, que estamos sin cobrar nada.

— Lo único que puede salvar a la empresa y por lo que podréis cobrar algo, —nos dice el gerente—, es que aceptéis obrar un pedido de San Sebastián para la Ibérica y lo cobraréis al final.

Bueno, aceptamos con la esperanza de cobrar al final.

— El pedido debe quedar terminado el 15 de noviembre. Si está listo para esta fecha, tendréis una prima a repartir de doscientas mil pesetas, y si termináis una semana antes, de medio millón.

Empezamos a trabajar a 12 horas diarias para tenerlo listo. Pero en vez del trabajo sobre 160 toneladas de hierro, cargaron 20 toneladas más, y mandaron de por medio hacer unas barandas que no estaban previstas. En lugar del 15, terminamos el 22. Nada de primas. Nos pagaron algo, pero quedaron a deber cuatro semanas de atrasos.

— Las pagaremos si cumplís otro pedido de quinientas toneladas.

— Pero, vamos a ver ¿de qué se trata? ¿de trabajar de balde o qué?. Se ha fugado el del dinero y dice que no hay por donde cogerlo porque tiene los papeles muy arreglados, y nosotros trabajando de balde y con 22 de plantilla para 7 administrativos, sin que redujeran para nada la plantilla de los administrativos.

Vino una inspección y encima quedó en claro que los directivos se había repartido doscientas mil pesetas de paga de beneficios. Nosotros no las habíamos cobrado nunca. «El caso es que —le dije— los beneficios sí existen y han existido, y ustedes han cobrado siempre la paga y nosotros no; o sea que, en lugar de 22 para 7 administrativos, estamos trabajando, como quien dice, 22 para 45»

Así estamos y es ya seguro que la empresa cerrará.

Yo también sufrí un accidente antes de eso. Para empezar, no me dieron la baja hasta los veinte días de haberme dado el golpe, y a los 20 días de la baja, otra vez el alta y a trabajar: «Que no tiene nada, que no tiene nada» eso era lo que decía el doctor Portabella, de la Mutua.

— Si no tengo nada ¿por qué me duele?

— Hombre, el dolor es natural ¿o quiere usted que le operen?

— Yo no quiero nada. Sólo sé que me duele. Operar o no, es cosa de saberlo usted.

Con los dolores,volvieron a darme la baja, y aproveché aquellos días para visitar otros médicos, pagándomelo del bolsillo: ni ligamentos, ni nada: tenía el menisco roto. Con aquellos informes y radios, fui otra vez a la Mutua y allí me dieron de nuevo el alta. Me dijeron que lo que me convenía era trabajar y hacer gimnasia para que se fortaleciera la pierna.

No podía yo con los dolores. Fui a los Fina, los abogados, con todos los informes y los llevamos a Magistratura. Me dieron de nuevo allí la baja, porque los médicos de la Mutua no querían dármela. Al final se decidieron a una operación exploratoria, pero no me hicieron nada: abrir y cerrar y nada. Habían tardado ya dos años. Se terminó la recuperación, y vuelvo a lo mismo de antes. No quiero ni oir lo que les decía el doctor Velasco, al que iba a ver por mi cuenta: «Sinvergüenzas, maricones, Mutua de cabrones ¿no se dan cuenta?». «Pero yo no puedo desentenderme de ellos», le respondía, «si no, pierdo todos los derechos y quedo en la calle». Me dijo que exigiera un informe al doctor Portabella, detallando lo que me había hecho en la operación, y que tenía la obligación de dármelo.

Un día entero de pelea: él escondiéndose y diciendo que no estaba y que no podía o que no quería dármelo. Y yo llamándole de todo y que no me iba de allí, si no me lo daba, que ya estaba yo enterado que era su obligación, que se había acabado ya el cuento y el cachondeo.

Fuimos otra vez a Magistratura, y allí de nuevo me dieron la baja y ya me operaron. Lo malo es que desde el accidente habían transcurrido ya tres años, tres años forzando la pierna de andar mal, de querer evitar los dolores, tres años sufriendo y trabajando a la fuerza. Total, que me ha afectado esto a la columna vertebral, a los dos primeras vértebras.

Y me han dado de nuevo la baja: «El paciente fulano ha causado baja por secuelas permanentes a deliberar por la inspección técnica calificadora...» ¿Hay derecho a esto, que yo tenga la baja permanente con la miseria que se da, por culpa de un médico incumplidor de su deber?. ¿No es esto que el capitalismo nos tiene acorralados, nos estruja hasta que puede, y luego nos lanza al arroyo?. ¿O no será que el médico está en combinación con los de la empresa?.

Ya fui, pues, a declarar y a que me hiciera el médico ese «inspección técnica». ¿Qué me dirán?. ¡Pues que no puedo volver a trabajar pero que tampoco me pagarán del seguro!. El día 5 de mayo celebré el juicio y estoy todavía en espera de la sentencia, estando hoy a 8 de julio. Y para colmo de males, ahora la empresa cierra.

Avelino: Aquí una desgracia llama a otra. Me caí de un tercer piso en los Tres Molinos, en el año 61, que estábamos haciendo una reforma. Me caí dando vueltas en el aire y de brincos y brincos no me maté, porque no estaría

ni Dios para matar, sino que caí de pie en una pista de baile de la calle interior, y claro, se me quedaron los pies chafados.

Pues catorce meses estuve, que son así las cosas de aquí de España. Me accidenté, que sería la una, el tiempo de *plegar* para la comida; y me llevaron que si primero al empresario, que del empresario a la Mutua, que si para aquí, que si para allá. En fin, a mí este día no me miró nadie. Y al otro día por la mañana, cuando fue el médico, tenía los pies hinchados como un perro. Me tuvieron tres días en el pasillo sin hacerme nada, porque no había camas. ¿Y así tenemos que vivir los que pagamos los millones a la Seguridad Social?. Si fuéramos de pago, no nos echarían fuera y habría camas, naturalmente.

Y así que quedé muy mal y ya no me es posible casi ni andar. El trabajo ya lo hago de rodillas, porque de pie no puedo. Y menos mal que me ponen en cosas que puedo trabajar de rodillas, para cosas que se necesita ser curioso, porque, ponerme en una polea o a levantar *totxos* ya no puedo. Pero ¿quién me devuelve mi capacidad? ¿Cómo puede el país aguantar estos casos de tantos trabajadores?

Leonor: Ya por el año 55, me salió un trabajo en un taller de confección que estaba bastante retirado de casa —a más de tres cuartos de hora de camino—, pero me decidí a cogerlo porque me pagaban más y así no tenía que estar todo el día en casa. Allí fue donde aprendí a hacer de cortadora de ropa interior. Y tuve suerte, hasta que tuve que *plegar* porque esperaba un hijo. Estaba yo entonces muy ilusionada. Pero resultó que yo iba a la Mutua para que me visitara el médico del Seguro, y llevaba una temporada que tosía mucho. Me fui a mi médico y se lo dije. Él me dijo que eso no era nada, que eran manías mías, y ni me miró. Además, me mandó unas medicinas que me fueron mal, porque eran para otra cosa que yo no tenía. Pero yo estaba con la tosferina, y por eso, cuando nació la niña, ya estaba muerta, porque a ella también la había dado la tosferina y se ahogó.

A los tres meses, como aún seguía teniendo la tosferina —que ni yo ni mi médico lo sabíamos—, me tuve que ir a otro particular porque no dejaba de toser. Y él fue quien me explicó que por culpa de aquél médico había perdido la niña, y que si me hubiera mirado bien, no habría pasado nada.

Me dijo que podía ponerle una denuncia, que estaba en mi derecho, pero yo estaba tan destrozada que ya todo me daba igual, porque la denuncia tampoco conseguiría darle la vida a mi hija.

Mas: Llevo 21 años en la misma empresa. De este puesto de trabajo depende mi casa, mis hijos, mi mujer; estoy dispuesto a defenderlo con uñas y dientes, sin que ello signifique renuncia a la lucha.

Actualmente la empresa lanza rumores de regularización de plantilla. Sobran, o sobramos, según estos rumores, de cinco mil a seis mil hombres. Vamos!, que a mí me dicen que me vaya a la calle y soy capaz de...! En esta empresa se han vivido momentos muy difíciles y duros, especialmente para los que hemos estado contra el régimen franquista. Es de hacer notar que esta empresa ha sido la empresa modelo del régimen, con todos los puestos claves repartidos entre «fachas»... y que sigue.

El peor momento que he pasado fue hace 3 años. Había manifestaciones dentro de la fábrica para presionar y conseguir mejor convenio. Los de oficinas, como siempre seguíamos en nuestros puestos de trabajo y por supuesto más vigilados que nunca. La empresa tenía mucho interés en hacer ver que todo marchaba normalmente. Los de talleres subieron para que nos uniésemos a ellos en la manifestación y el paro. Tenían toda la razón, pero allí nadie se movía. Siempre nos hemos beneficiado de la lucha de los talleres sin que hayamos arriesgado nunca nada. Cuando subieron, estábamos sentados todos en nuestros puestos y con las mesas recogidas, pero nadie se movía. Allí seguimos sentados aguantando el chaparrón que con toda razón nos dirigieron los de talleres. Yo me moría de vergüenza aguantándome no decirles «yo me voy con vosotros». En esta lucha interior yo pensaba en mi mujer y en mis hijos y pensaba que ellos, los de talleres, estaban exponiéndose y trabajando por mí. Pero no podía lenvantarme, estaba significado y aquello me podría haber costado el despido. La prueba es que después de haber superado un examen de idoneidad para una categoría superior, se me negaba el dármela y tuve que denunciar a la empresa a la Delegación de Trabajo para conseguirlo.

El jefe de la sección donde yo estaba antes de conseguir la categoría había dicho: «Si Mas en lugar de ser de Comisiones, hubiera sido de Fuerza Nueva, ya hace años que habría ocupado plaza de categoría superior».

Robusto: Para entrar en la Seat las recomendaciones son las que se lo llevan todo. Mucha gente tienen los estudios primarios y no pegan pie con bola en estos exámenes. Te dan un examen como para un maestro; para entrar de primera te ponen un examen como de tercera, y con cada filigrana... Además, si vas a un examen y apruebas pero no hay plazas, pues no te la dan, porque van para los recomendados.

En la Seat si quieres subir de categoría, mayormente ahora, vamos subiendo por las denuncias, porque estás desempeñando un trabajo de oficialía y no te la pagan. Ahora tenemos denunciada la de segunda, porque hemos estado haciendo trabajos de segunda y de primera y pagan como de tercera.

Angeles: La verdad es que aunque hemos pasado muchos contratiempos, con el trabajo nosotros hemos ido mejorando; dentro de todo, también a nosotros nos ha ido bien, hemos ido escalando, hemos ido mejorando, aún en el aspecto económico.

Cayetano: Sí, pero ¿qué vamos a decir? en otros no. Yo llevo once años trabajando en la Citroën, el 27 de junio los he cumplido. Pues bien, en el campo verdaderamente pasamos miseria, pero en Citroën me siento un esclavo. Estoy dando las piezas al almacén para el mantenimiento de los accesorios y piezas de recambio, y ¡coño! parece que lo hagan exprofeso también para humillarte, para que no puedas tener iniciativa ninguna.

Una de las cosas que me pone encendido es la sumisión de los compañeros. Me hicieron enlace sindical y tuve que aceptar porque ninguno más quería serlo. Bueno, lo soy, y después ¿qué? Ninguno es capaz de dar la cara.

Julián: Comencé a trabajar en Barcelona dentro de una empresa de la que

me habían hablado en el pueblo, en Estructura Europea. Allí no había trabajado de *paleta* y trabajé de encofrador. Estuve año y medio. Pero cuando me sentí más capacitado, ya pedí la cuenta y me vine a trabajar a las viviendas Seat. Me encontraba a gusto allí, con unos compañeros muy buenos y tal. Pero no duró mucho, porque pasó lo siguiente: un señor que se llama Enrique Valle, que era administrativo (o director, no sé) de la Cooperativa Seat, junto con otros más, hicieron un desfalco enorme, un desfalco de millones de pesetas. Entonces la empresa se vino a la quiebra, que fue cuando ya se comenzó a trocar la cosa aquí en Barcelona, y con la mala suerte de que nosotros estábamos recién metidos en la compra del piso.

Comenzaron a no pagarnos y ya después de tres meses de esta situación nos negamos a trabajar. Se pusieron uno o dos juicios contra la empresa. Y el resultado ha sido que todos los demás compañeros han cobrado, menos yo, que era el que más lo necesitaba. La razón es que mi caso lo llevaban los abogados que teníamos aquí en la Asociación de Vecinos, muy izquierdas y tal, ellos tienen todos los papeles y el tío que se encargaba, se ha marchado a Galicia y no me ha dejado ni un papel, ni nada de nada, que yo no sé por dónde anda. Ahora voy a Magistratura y voy a informarme, pero el caso es que no he recibido ni indemnización, ni puntos, ni nada.

Me fui, al fin, a trabajar a otra empresa. Después, busqué trabajo en Sant Boi por medio de un compañero que me avisó... Después he estado otras veces en el paro.

La cosa fue bastante jodida e incluso estaba dispuesto a vender el piso y marcharme de aquí, de Barcelona. Ya pensaba volverme para Andalucía otra vez. Porque mi mujer me decía: «Tu hermano cura puede buscarte algo allí». Pero mi hermano, yo lo sé, no quiere meterse en eso, si un puesto de trabajo está para uno, pues piensa que debe ser para él, y no le gusta meterse por medio. María del Carmen, una chica que era monja, que se retiró y estuvo aquí viviendo con nosotros, pues igual: «Julián, llama a tu hermano, trata con él si tiene un puesto de trabajo para tí».

Era muy jodido todo aquello. Matilde estaba embarazada y el niño tenía año y medio y no podíamos ni darle un plátano a la noche. Fueron unos meses muy negros.

Y luego la vergüenza que da todo esto. No iba yo a manifestaciones de parados, ni cosas de ésas, porque me sentía muy humillado. Si fuéramos de otra manera, hubiéramos hecho cualquier fechoría y, sin embargo, nosotros nos aguantamos encerrados en casa. Nos daba pena de nosotros mismos. Yo llegaba aquí y trataba de consolar a Matilde, y ella llorando y llorando: «Me cago en la leche...», me decía. Llegaba aquí la noche y me acostaba a dormir y no podía. Porque mi mujer podía decirme: «Coño ¿tu qué clase de vida llevas?» Que el matrimonio no es trabajar, comer y dormir, y yo estaba completamente deshecho. Que tenía una trampa muy grande con esto del piso, que la tenía muy gorda y yo tenía que trabajar como fuera.

Además tuve problemas con un vecino, porque resulta que yo seguía en el paro y me iba a veces abajo, al bar, y así, al menos, me entretenía y echaba una partida. Y un día me dice un vecino:

— Julián, ¿estás todavía en paro?

Y yo le dije que sí

— Y ¿cuánto cobras?

— Dieciocho mil pesetas.

— Y con dieciocho mil pesetas ¿tú puedes vivir?

— Pues ¡qué remedio me queda!

— Mira, yo, con cincuenta mil que gano, no tengo para nada.

— ¿Cómo vas a tener?. Tú, cuando llega un sábado o un domingo, te vas allí a comer a un restaurante, y a mí me hace la mujer un potaje por la mañana y me tengo que comer ese potaje por la noche también.

— Hombre, sí, sí...

— Tu, haciendo dos trabajos, haciendo el tuyo y algún otro por ahí, cobras cincuenta o sesenta mil pesetas y dices que no puedes ni vivir y yo con dieciocho me las tengo que apañar.

Después, tuvimos unas palabras, porque me contestó y me dijo:

— Pues, joder, con dieciocho mil pesetas, tendrá que hacer tu mujer numeritos.

A lo mejor no lo dijo esto con maldad, no lo dijo seguramente con esa intención, pero yo al punto lo tomé por lo malo. Tuve con él una buena refriega. Y es que con el paro estaba furioso y además me sentía humillado, muy humillado.

Conozco cada día más casos de vecinos y compañeros en paro. Todos nosotros alguna vez, o varias veces algunos, hemos pasado por esta situación en estos años. Por eso, hay empresas en que grupos de trabajadores se han plantado y han dicho que estaban dispuestos a que lo de las horas extraordinarias no siguiera adelante. Porque, dicen, si cada persona echa cuatro horas, entre dos personas cubren un puesto de trabajo y con esto le están quitando a lo mejor un puesto a un compañero que está parado.

Otros se niegan a hacer remiendos en su tiempo libre, porque, según está la cosa, sería como quitarle el jornal a otro. Yo conozco a alguien que, cuando le dicen: «Ven a hacer un remiendo», contesta: «No voy. Mira de buscarte un parado».

Lo del paro nos golpea a todos. Porque nos obliga a seguir trabajando aunque nos sintamos muy a disgusto en la empresa en que estamos. Yo, por ejemplo, no me atrevo a dejar lo que tengo, aunque lo desearía, pues en mi taller el jefe es un chico joven, que sólo hace tonterías. Pero mi mujer me dice: «Mira, mientras te paguen, pues te vas aguantando». Y tiene razón. Y hay que seguir, porque el miedo que tengo al paro es ahora enorme. Porque no sé qué podría hacer después.

Damián: Al principio, vivía en casa de un tío, que trabajaba en una zapatería de zapatero remendón. Yo me puse a trabajar con él. Cuando tuve 16 o 17 años, me coloqué de aprendiz de electricista. Por un follón laboral tuve que dejarlo. Y fue que había un niñato, que estaba haciendo sus primeras prácticas de ingeniero, un tal Juliá, el hijo de los autos Florida. Yo hacía de todo menos de electricista y cobrando ochenta pesetas a la semana. El primer año estuve de aprendiz de una fábrica textil, mandado por la fábrica esta, con los operarios de la empresa, y todo lo que aprendía de electricista lo aprendí en aquel año porque después ya me mandaron al taller y cuando hacía falta alguien en un torno, me metían en el torno, y cuando faltaba uno en una prensa, me metían en la prensa, cuando hacía falta alguien para limpiar la chapa, pues me metían a limpiar la chapa.

Esta fábrica era y es de un señor que había sido vice-presidente de alcalde de l'Hospitalet, un tal Rosendo Riera, con un cierto prestigio dentro del Movimiento en l'Hospitalet. Tenía mucha influencia, y a mí, como ya te digo, me enviaban de un sitio a otro. En nuestro taller teníamos la norma de que cinco minutos antes de la hora de *plegar* nos íbamos al taller al que pertenecíamos a recoger la chaquetilla para irnos a comer y *plegar*, y aquel niñato, el ingeniero que hacía allí las prácticas, me dijo que yo me iba a ir cuando tocaran el pito. Yo ya estaba harto de hacer de todo menos lo que me tocaba, cobrando una miseria, y le dije que no. Cuando regresé por la tarde me llamaron a Dirección y me dijeron que a ver si me creía que yo iba a hacer lo que yo quería, tuvimos una discusión y me despidieron por desacato a un superior.

Me fui al Sindicato de Barcelona y al cabo de unos 8 o 9 días recibí una carta informándome de que no pertenecía a aquel sindicato, sino que pertenecía al de l'Hospitalet. En el Sindicato de l'Hospitalet había un abogado que lo arregló de tal manera que nos engañaron como a chinos, porque podía haber sacado unas pesetas o haber entrado de nuevo en la empresa, pero nada, me quedé en la calle y me dieron cuatrocientas pesetas de indemnización.

Aquello cambió mucho el rumbo de mi vida, yo ya tenía dieciocho años y estaba como aprendiz de tercer año de electricista, pero en realidad era igual que si hubiese estado una semana porque no aprendí en absoluto el oficio.

Para entrar en otro sitio ya tenía que ser oficial de tercera, y para oficial de tercera no estaba capacitado. Así que me tuve que colocar en la pintura. También en la pintura fui rodando de un sitio a otro; no estábamos asegurados, estábamos por horas, o sea, que cuando había trabajo te daban trabajo y cuando no, te decían que regresaras la semana próxima.

Antonio: Yo tengo que decir una cosa, hablando de esto del trabajo y del paro y de la explotación: el capitalismo desprecia nuestro trabajo, como desprecia nuestra cultura.

¿Para qué tanta industria en Catalunya dejando a Andalucía en la miseria? Para mí, que tanta industria que han puesto en Catalunya, no es para ayudarla, ni para ayudar al pueblo, sino para contrarrestar al pueblo y para contrarrestar la fuerza de Catalunya, para montar un capitalismo y que todo siga discriminado, lo mismo que en Andalucía. Porque el capitalismo también podría hacer que Andalucía sea rica. Montan mucha industria, pero al pueblo catalán no lo ayudan.

Pero esos cuantos no son hijos de Catalunya, y no quieren a Catalunya tampoco, quieren más a Madrid, a la barbarie. Yo me noto en la Seat como un obrero, pero por lo que la empresa está haciendo con nosotros, me noto como un objeto: si hace falta que sirva, pues sirve; si no hace falta que sirva, pues no sirve y se le tiene abandonado y hasta se le destruye si es preciso. Y esto te quita toda moral como persona.

Si hasta desprecian nuestro trabajo. A mí, por ejemplo, me gusta hacer la faena bien hecha. Lo tengo que hacer todo pulido y limpio, como queriendo el trabajo que estoy haciendo, que para eso me paga a mí la Seat y de eso comemos en mi familia. Pero yo veo cómo desprecian nuestro trabajo y por eso nos mandan: «Hoy trabajarán la mitad», «Hoy más aprisa y mal hecho», «Hoy con este material pero...» Somos una pieza más de la máquina y ya está. Pero yo tengo que defender mi trabajo y mi puesto, trabajando y cumpliendo.

Llevo nueve años y pico en pulidoras, un trabajo muy duro porque se calienta la faena. Son los parachoques que se pulen en unas máquinas y luego se llevan calientes a un baño. Pero si yo tengo esa faena, pues la hago.

Y si luego viene una lucha, me paro. No soy de los que se quedan estancados en las máquinas, eso ¡ni hablar! Me paro. El primero, no, porque quizá no tengo tanta conciencia o soy más miedoso. Pero es que hay otros que se ahogan en la *pisá de un chivo*, como dicen allá en Andalucía.